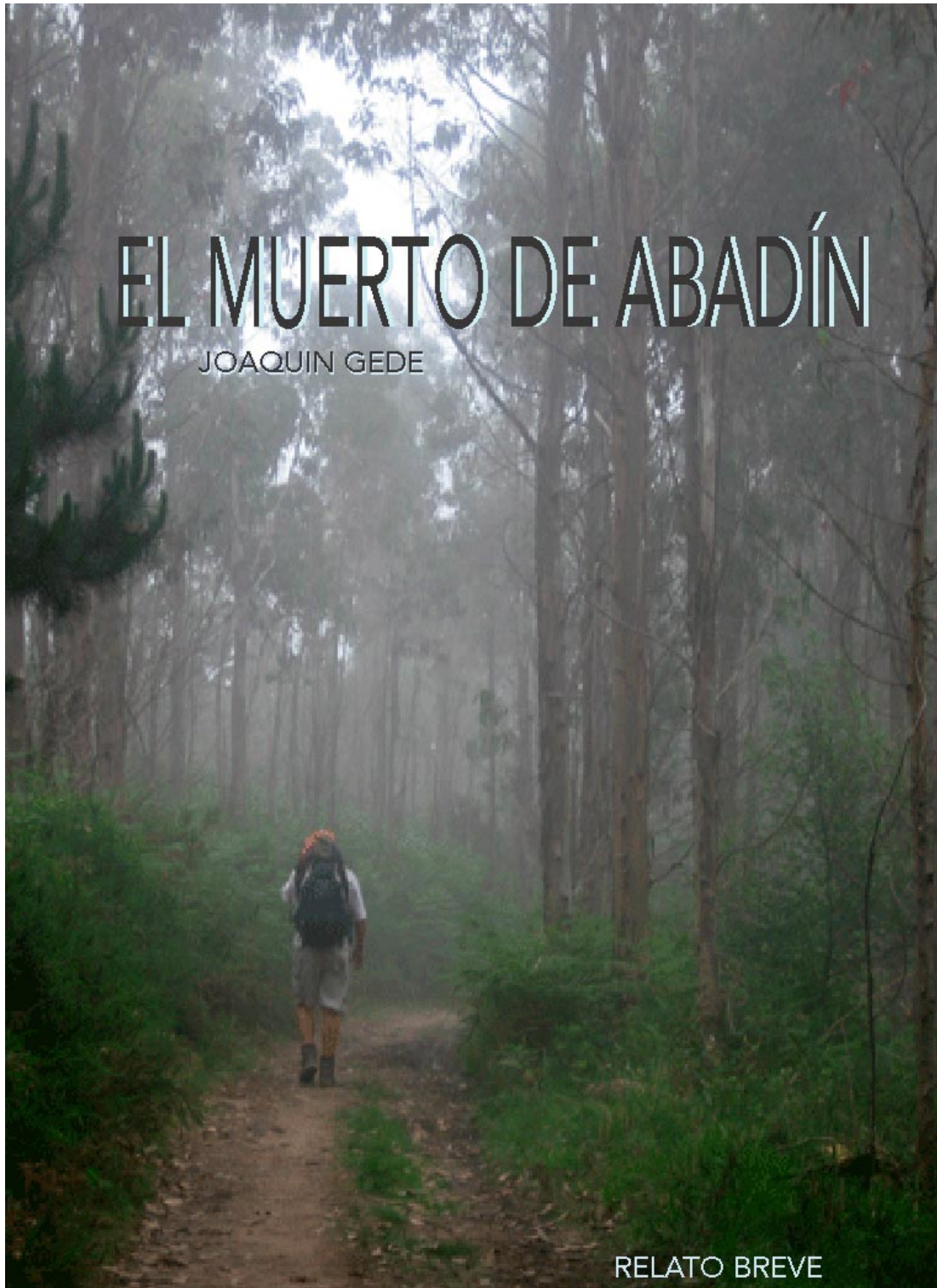


# EL MUERTO DE ABADIN

Joaquin GeDe



RELATO BREVE

# Capítulo 1

## EL MUERTO DE ABADÍN

por Joaquín Gede

Aquel otoño del 2010, decidimos hacer el Camino de Santiago. Lo teníamos en proyecto desde años, y digo teníamos porque era una idea que pergeñamos desde los inicios en la facultad. El plan, como tantos otros proyectos estudiantiles, quedó traspapelado entre tertulias nocturnas de vigiliadas de estudios y café. Después de unos años la idea volvió a cobrar fuerza tras un encuentro por internet en una red social. A Raúl, mi amigo más próximo, le entusiasmó la iniciativa. Luis y Manuel, también amigos y compañeros de piso de estudios, no mostraron mucho ánimo, pero tampoco decían que no; solo con un poco de insistencia y ciertas dotes de persuasión conseguimos ponerlos en marcha. El proyecto consistía en realizar el Camino del Norte, el más duro, aunque único por sus paisajes. Partiríamos desde Irún y tras treinta días de marcha conseguir llegar a Santiago.

Esa mañana partimos desde el albergue de Lourenzá con el sol más alto que de costumbre, sin poner despertador, porque la jornada del día anterior, dos etapas en una, fue bastante dura. Luis y Manuel se retrasaron en varios tramos y decidieron llevar un ritmo más relajado. Quedamos que en la aldea de Gontán nos reencontraríamos. Y a pesar de despertar temprano, ya por la costumbre del camino, ya por los cantos de los monjes del convento cercano al albergue, nosotros dos retomamos la senda con el sosiego y la calma que la mañana de otoño nos ofrecía. El tiempo era favorable, pero con visos de empeorar a la tarde, que para entonces calculaba estaríamos en el albergue de Gontán. En una de las aldeas del Concello, no recuerdo bien su nombre, posiblemente Pacios, hicimos un alto para reponer fuerzas.

El bar era pequeño construido en la piedra; en la entrada, justo encima del dintel, un letrero de forja decía "Cantina". Un portón de gruesa madera, entreabierto, daba acceso a un zaguán con una cortina colgante hecha de tapones de botella que franqueaba la entrada. El interior, algo lúgubre, salvo por una ventana que reflejaba un haz de luz amarillenta, dejaba en suave penumbra la barra tras la que se encontraba el cantinero, y dos parroquianos en un rincón junto a una mesa con sendos vasos de tinto a medio apurar. El lugar era silencio de iglesia. Solo el tintineo de los vasos que limpiaba el cantinero recordaba el aviso de la campanilla anunciando un momento litúrgico; después de frotarlo lo elevaba y, al

contraluz, comprobaba el cristal sin mácula. Para romper ese sombrío silencio saludé con los buenos días, y a cambio recibí un austero: *¡Buenas!* Pedimos unos vinos y algo para calmar el hambre de media mañana. A esto que uno de los parroquianos se acercó a la barra para rellenar su vaso y mientras se servía de una jarra del mostrador, nos preguntó: *Si no es mucho molestar..., ¿se dirigen acaso a Abadín? Para allá vamos, sí señor,* –dije. *Pues cuando se acerquen,* respondió el parroquiano, *vayan con cuidado que anda suelto un loco por los alrededores; es inofensivo, pero da cierta impresión. Se les acercará como hace con todos los peregrinos, pero no teman. Solo es un pobre loco al que nadie hace caso.*

Después de la información, a la que no dimos gran importancia; tal vez por esas leyendas de aldeas que tratan de dar cierto aire de misterio para atraer a curiosos, pagamos el servicio y nos dispusimos en camino. El pequeño almuerzo fue un sustento liviano, porque quedaba un buen trecho y, para la caminata larga, es mejor el estómago ligero que no pesado. A la salida de la aldea retomamos el buen camino y, calmado el gusanillo, dábamos conversación en los llanos y pausas en los repechos. Y entre subidas y bajadas, más de las primeras que de las otras, con la luz tenue de las últimas horas de la tarde, nos pusimos próximos a Gontán. Íbamos por el frondoso bosque y en uno de sus claros, cerca al sendero, divisamos una sombra, parecía una silueta de una persona, prestamos atención y descubrimos a un sujeto junto a un tocón colocando una vela, pensamos que sería algún ritual religioso. Ni veía ni oía nada; todo él se hallaba como en otro mundo. Y observamos cómo se tumbaba sobre la tierra y cómo se tapaba la cara con una gruesa capa de musgo. Y allí permaneció quieto y estirado. Ante tal extraño comportamiento nos miramos sorprendidos y sin mediar palabra continuamos. No llevábamos un centenar de pasos, cuando Raúl, que siempre fue tan curioso, me dijo: *¿Y si nos acercamos para ver qué le ocurre a este individuo?* Y dicho de esa manera, con esa morbosa curiosidad en los ojos recordándome las aventuras de facultad, la verdad que me intrigó y no pude negarme.

Nos arrimamos despacio, con sigilo, hasta llegar justo a sus pies.

–Oiga, señor, ¿está usted bien? –preguntó Raúl. El tumbado no dijo ni mu y, viendo que no había viso de repuesta, nos volvimos sobre nuestros pasos. No dimos ni un par de zancadas cuando de pronto escuchamos a nuestras espaldas:

–¡Señores peregrinos! –dijo el tumbado. Y al volvernos nos encontramos de sopetón con una cara, que más que cara era calavera, con unas ojeras como cuévanos y un rictus mortecino que daba auténtico miedo. Levantó sus manos blancas como el mármol con un rosario negro prendido, haciendo ademán de: “Tranquilos, no os asustéis”. Echamos a todo correr, yo agarrado a los tirantes de la mochila de Raúl, porque ya oscurecía y los obstáculos del camino cada vez eran más difusos. Así, sin dar tregua a nuestros pies, llegamos hasta el albergue, que no quedaba lejos. Al

entrar, el dueño nos vio tan descompuestos y exhaustos que acudió rápido. *¿Qué ocurre? ¿Estáis bien?*, insistía. Nos ofreció asiento y algo de beber y esperó paciente a que nos repusiéramos del susto.

–iUn hombre..., un muerto..., en el bosque! –decíamos con nuestras voces entrecortadas.

–iAh, ya! Vosotros lo que habéis visto es al loco muerto. A todos los peregrinos se les acerca. No temáis, que es inofensivo. La gente de por aquí ya le conocemos y ni le hacemos caso. La verdad que parece un alma en pena. Pero tranquilos que no pasa nada. Algunas veces le dejo pasar aquí la noche; me da cosa de verlo bajo el relente o la lluvia. A mi mujer no le hace gracia, pero lo hago por caridad. Así que, si por aquí aparece, tranquilos, ya os digo que es un pobre desgraciado que no hace mal a nadie.

Después de recobrar el sosiego nos dispusimos a acomodarnos, teníamos el albergue para nosotros y podíamos elegir habitación y cama. Afuera resonaron unos truenos como preludio a la lluvia. Tomamos una buena cena acompañada de un vino lugareño fresco y ligero, y estando en los postres, retomé la conversación:

–¿Y siempre han vivido con este personaje? –pregunté interesado al dueño del albergue.

–Pues si le digo la verdad, no sabría decirle. Su procedencia no está clara –me respondió amable, deseoso de tertulia–. Llegó hace bastantes meses, aunque puede que ya haya pasado más de un año. Dicen que vino de la provincia de León, otros que del Pirineo. Al principio la gente del lugar, al ver su aspecto le rehuían, andaba hecho un harapo por ahí, se quitaban de en medio. Él les pedía que le considerasen como un difunto. Como ustedes comprenderán, nadie quiso consentir a su deseo; pero él insistía desesperado que le confirmaran como cadáver.

–¿Y la gente qué decía? –preguntó Raúl.

–Terminaron darle por orate –nos contaba–. Lo evitaban al principio, y luego..., como si fuera el gato del sacristán. La gente dejó de reparar en él. Parece ser que tanta indiferencia aún más pena y daño le causaba; así que se dedicó a acercarse a los extraños y a los peregrinos.

No hubo terminado el posadero de decir estas palabras, cuando la puerta del albergue se abrió con un chirrido de sus goznes, como en las películas de vampiros, anunciando la aparición de un fantasma o de un *bruco*. Se metió por las puertas adentro como si la noche lo vomitara al interior del albergue. Yo puse el grito en el cielo, el posadero me sujetó del brazo calmándome. A la luz era un tipo impresionable, francamente flaco, de barba descuidada cana y pajiza, todo cubierto de andrajos y mirada

desorbitada. Un lunático cualquiera.

Entró en la sala del albergue y al reparar en nosotros se nos presentó implorando, con una actitud tan resignada que realmente daba pena, que le confirmáramos como un difunto. Nos quedamos callados observándole, luego se sentó junto a una mesa en un rincón en penumbra. La primera impresión era fuerte, pero luego reparabas en la comicidad de la situación. Raúl, que era muy escéptico con estos temas, le dio la risa al ver a tal personaje y no desperdició la ocasión para buscar un rato de diversión e interrogar a tan extravagante individuo. El loco, que se dio cuenta de lo que mi amigo se proponía, nada más acercarse, y sin preliminares fue al grano con una claridad de expresión tal que nadie diría que padecía locura alguna.

–Pero yo no soy loco –dijo con una pasmosa calma–. Yo no soy loco, y estoy muerto, exactamente ya hace veintisiete cuaresmas. Y usted se preguntará: ¿Cómo es posible?

Raúl, que le seguía la conversación muy atento, se volvió hacia mí, que estaba algo más retirado, porque estas cosas de los muertos vivientes me causan mucho respeto, me guiñó con disimulo. Parecía que la velada se animaba.

–Yo era nativo de Portiveros, me llamaba Fulgencio, y tenía familia allá... Padecía desvanecimientos con tal pérdida de conciencia que parecían la muerte. Tales crisis, después de crear tanta alarma, determinaron que de ese padecimiento no iba a morir. Los médicos lo certificaron. Se buscaron segundas opiniones, y hasta terceras. Era mi delgadez tan extrema que creían tenía un parásito que me consumía por dentro. En uno de estos desmayos fue cuando ocurrió: Me quedé.

–¿Cómo que se quedó...? –le inquirió mi amigo Raúl.

–Pues, eso. Que me quedé muerto. Y es aquí donde comienza mi padecimiento, el tormento de mi historia; de mi desesperación y locura... La gente, recelosa, harta de tanta alarma, ya no creía en mi muerte y no me dejaban morirme. Pero ante la naturaleza yo estaba muerto, y lo estoy. Así que para que yo pueda librarme de este maleficio, he de encontrar una voluntad que crea mi muerte. Tan solo una... Así que volví de mi desmayo, pero no como ser pensante, porque dejé de existir. Volví porque era como un hábito adquirido, pero yo no existo. La verdad, no hay palabras para describir este suplicio. ¿Se imaginan ustedes el deseo de no ser? Es espantoso...

Yo estaba petrificado ante tales palabras, apretaba el vaso con tal fuerza que a punto estuve de estallararlo entre mis manos. Me entró tal escalofrío que sentí el pavor subiéndome desde los pies hasta la cabeza. Raúl volvió a mirarme, esta vez su ojos reflejaban la impresión que las palabras del

loco muerto habían hecho mella en su espíritu.

Tal conversación nos tuvo tan interesados que nos dieron las altas horas de la noche. Así que dispusimos retirarnos a nuestra habitación no sin antes comprobar por mi parte que el cerrojo estaba echado. Raúl se burlaba de mí.

–Sí, tú ríete, ríete... –le increpaba.

–¿Pero no ves que es un triste loco? –me respondía convincente.

Antes de irnos a dormir, a Raúl, que siempre fue tan curioso, se le ocurrió fisgar al loco. Al momento se acerca y cuenta que el loco había retirado algunas mesas y se había tumbado en el suelo con cuatro velas, dos en la cabecera y otras dos en los pies, con las manos juntas sobre el pecho como si fuera un verdadero difunto.

De nuevo comprobé el cerrojo y me apresuré a taparme hasta las orejas junto con el bastón de senderismo a mi lado por si en mitad de la noche me hiciera falta.

Tras esta macabra velada, por lo menos yo, tardé en conciliar el sueño, no reparamos en que nuestros dos amigos rezagados tenían que llegar, pues este era el punto donde nos agruparíamos para seguir juntos el camino.

Unos gritos nos despertaron. Saltamos espantados de la cama; yo con el bastón en la mano, detrás de Raúl. Allí estaban nuestros amigos, justo delante del fiambre, aterrados ante tal espectáculo.

–¡Un muerto! –exclamaron a la vez los recién llegados. Tal afirmación era la evidencia que rompía el maleficio.

Al instante vimos que en el suelo solo había una andrajosa manta roída.

El grito que lanzamos todos seguro que se escuchó en toda la aldea.

Raúl tiró de la manta con tal pavor que no daba crédito de lo que pasaba.

Y bajo la manta y los harapos, encontramos un rosario negro.

<><><><><> > > > >